LAS INVOCACIONES

GRANTRAVESÍA

KRYSTAL SUTHERLAND



LAS INVOCACIONES

Traducción de Táibele Ha'

GRANTRAVESÍA

Las Invocaciones

Título original: *The Invocations*

© 2024, Krystal Sutherland

Traducción: Táibele Ha'

Diseño e imagen de portada: Mariana Palova

D.R. © 2024, Editorial Océano, S.L.U.
C/Calabria 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2024, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2024

ISBN: 978-84-129087-3-2
Depósito legal: B 20341-2024

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / *PRINTED IN SPAIN*

9005879011124

Para todas las chicas enfadadas

PRÓLOGO

Una chica camina sola de regreso a casa por la noche. Es la víspera de Todos los Santos en Londres, y la calle que se extiende frente a ella está vacía, silenciosa, salvo por el suave golpe de sus botas en el cemento y el susurro de las hojas otoñales arrancadas por el viento. Las brumosas luces de las lámparas de sodio se esfuerzan por desplazar la oscuridad.

La chica viste de bruja. Piel verde como de caricatura, sombrero puntiagudo, una verruga falsa en la nariz. Viene del salón de baile Electric donde, en un concierto de Halloween con sus compañeras de casa, ha visto al chico que le gusta besando a una chica disfrazada de ángel sexy. Eso ha hecho que se arrepintiera de inmediato de su disfraz y quiera regresar a casa.

Ahora se cuela por el hueco entre dos edificios, más allá del pub que está junto al canal, al que suele ir con sus amigos en verano. Una chica está sentada al otro lado de una ventana decorada con calcomanías de murciélagos, con la cara manchada de sangre. Una pareja con petos a juego de color rosa intenso termina su relación sentada en un banco.

La chica da unos pasos hacia el puente que cruza el canal y baja al camino de sirga del otro lado.

Es ahí, en el puente, donde se detiene. El canal que hay debajo de ella es una delgada serpiente de aguas poco profundas. En un día claro, se puede ver el detritus cubierto de algas que se acumula en el fondo: las bicicletas, los carritos de supermercado, los neumáticos. Esta noche el canal luce negro e impenetrable. Si no se conoce su profundidad, se podría pensar que es insondable.

Del otro lado, los bares y restaurantes del mercado de Camden siguen repletos de gente celebrando Halloween. Hombres y mujeres disfrazados se agrupan alrededor del rojo resplandor de los calefactores exteriores, riendo y bebiendo vino caliente en tazas humeantes.

Más adelante, el puente peatonal desciende hasta el camino de sirga que serpentea junto al canal Regent, por debajo del nivel de la calle.

La chica se detiene al borde de la oscuridad, sopesando sus opciones.

Ella suele evitar el canal tras la puesta de sol. No está iluminado. Es el tipo de lugar que le han dicho toda la vida que evite por el simple hecho de ser una chica…, pero esa noche tiene frío y está ebria y triste y hambrienta de las sobras de *pad thai* que sabe que la esperan en su frigorífico. El camino junto al agua es la ruta más corta y rápida para volver a casa.

Sin embargo, algo le dice que no continúe. Tal vez sea el recuerdo de lo que le ocurrió otra noche como aquella. El extraño que la esperaba en la oscuridad, todas esas reiteradas advertencias que la iban invadiendo, manifestándose en carne y músculo, y aliento.

Entonces, la chica recuerda las palabras grabadas en su muñeca y pasa la yema del dedo por las frías letras metálicas hundidas en su piel. Palabras que tardó un año en encontrar. Palabras que significan que ya no necesita temer a la noche ni a nadie que pueda acecharla.

Cruza el puente. Se sumerge en la oscuridad.

La primera parte del paseo está bien. El camino es estrecho y empedrado. El canal está bordeado a ambos lados por almacenes convertidos en lujosos edificios de apartamentos. La luz que proviene de sus ventanas se refleja en la mansa superficie del agua, creando un inquietante mundo especular justo debajo del real. Las casas flotantes se asientan cómodamente en el borde del canal; el olor a humo de leña flota en el aire a su alrededor. Un perro enorme, muy gordo, está echado frente a una de ellas y la observa al pasar. Los sonidos de la juerga se disuelven a lo lejos, pero todavía hay vida allí. Todavía hay gente que la oiría si gritara.

Cruza por debajo de un puente. Está plagado de pintadas e iluminado por una potente luz azul, para ahuyentar a los adictos. La combinación hace que el lugar parezca peligroso. Ella avanza rápidamente hacia la sombra que la espera.

El siguiente tramo es peor. Ya no hay casas flotantes. Ya no hay apartamentos de lujo. No hay nadie que pudiera acudir en su auxilio. La vegetación florece a la vera del camino, enredaderas y zarzas que no pierden su follaje cuando la noche se convierte en escarcha. Ella se mueve más cerca del agua, recelosa de los atacantes ocultos entre las enredaderas.

La chica cruza por debajo de un segundo puente iluminado de azul, y luego de un tercero, que percibe rancio a causa del hedor a orina. Ella llega a la base de la escalera que sobresale de la oscuridad hacia la calle iluminada.

Una chica vuelve a casa sola, pero no está sola.

Ella lo siente antes de verlo. No hay sonido, movimiento ni olor. Sólo alguna respuesta ancestral que queda en la sangre de una época anterior a que los humanos caminaran en la Tierra. Siente un repentino pinchazo de horror en sus

entrañas. Un desplazamiento de energía que la hace volver la mirada por encima del hombro y detener sus pasos.

Sus ojos encuentran de inmediato la figura, inmóvil en el sendero. Es un trozo de sombra, nada más. Sin rostro, desarmado, nada le indica que pudiera hacerle daño. Es sólo un hombre.

Pero ella es una chica. Y está sola. De noche. Y eso es suficiente para establecer la amenaza.

La chica agacha la cabeza y sube los escalones de dos en dos, pero intenta hacerlo despreocupadamente, como hacen las mujeres cuando a pesar del miedo tratan de no parecer groseras. Se obliga a no correr. No hay necesidad de medidas desesperadas. Todavía no. Es sólo un hombre en el camino de sirga por la noche. No hace falta correr, sería descortés.

Y algunas veces...

Bueno.

Algunas veces, si huyes, el monstruo te persigue; esto lo aprendió por las malas.

Así que sube, mesurada, escalón tras escalón, arriba, más arriba, hacia la luz. La escalera conduce a la avenida Gloucester, la lleva a sólo una calle de su apartamento. Espera bajo un farol a ver si el hombre la sigue, pero él no lo hace. Ella respira aliviada y se dirige a casa. Es una noche negra, sin luna. El tipo de noche que atrae a los demonios fuera de su mundo liminal hacia el nuestro, hambrientos de las almas de los vivos. Londres está llena a rebosar de magia, oscura y peligrosa, si sabes dónde buscar… y la chica sabe, ahora, dónde buscar.

Un perro ladra.

Ella levanta la vista y ahoga un grito con la mano.

De alguna manera, la figura del canal está de pie en la acera, justo delante de ella. Ahora está más cerca de lo que estaba la primera vez.

La chica se detiene de nuevo. Mira atenta. El corazón golpea dentro de su pecho. Respira entrecortadamente mientras intenta comprender lo que acaba de ocurrir. ¿Cómo pudo seguirla? ¿Cómo pudo alcanzarla? ¿Cómo pudo moverse tan rápido? Es imposible. Imposible.

Entonces, recuerda las palabras en su muñeca.

Ya no hay por qué temer.

Una sombra se cierne a su derecha, la sombra pesada y húmeda que proyectan los árboles en el bosque. La chica avanza hacia ella, se adentra en ella, deja que la devore y…

Emerge por la calle contigua. Un poco sin aliento. Casi agotada. Mira a su alrededor. Está sola otra vez. Se desliza de sombra en sombra, por donde la figura no podía seguirla.

Con una leve sonrisa en el rostro, se dirige de nuevo a su apartamento, a pocos edificios de distancia. El precio que pagó por su poder —un precio de oro, de sangre y espíritu— valió la pena para sentirse segura.

La chica sube los cinco escalones hasta la puerta azul de su casa y la abre. Cuando entra y se da la vuelta para cerrar tras de sí, se encuentra de nuevo con la figura, ahora al pie de la escalera. Está erguida e inmóvil, y cerca. Muy cerca de ella.

Es imposible. Los hombres no pueden usar magia. Eso es lo que le han dicho. Eso es lo que le han prometido. Los hombres no pueden escribir hechizos. Los hombres no pueden grabar invocaciones en su piel. Los hombres no pueden atar sus almas a demonios a cambio de poder.

A los hombres les está vedada la magia.

Y, sin embargo, aquí está él. Otra vez.

Se quedan quietos, mirándose fijamente. Aunque… ¿él está mirando? Ella no puede verle la cara, no distingue sus

ojos, su nariz, su pelo. Él es un espacio vacío, un agujero negro del que no escapa ninguna luz.

La chica cierra la puerta de golpe y retrocede. No se molesta en subir las escaleras que conducen a su habitación en la tercera planta. Se lanza hacia un rincón sombrío del pasillo, cae bajo otra sombra dentro de la cocina y busca a tientas en el fregadero uno de los cuchillos sucios que sus compañeras dejan remojándose eternamente.

La hoja tiembla como un junco de agua en su mano blanca mientras vigila la puerta de su casa y espera. Espera un golpe contra la madera, un giro de la manecilla, un momento de película de terror digno de un grito.

No llega.

No llega.

No llega.

Y entonces, cuando piensa que tal vez está a salvo, que quizá no era más que un bromista de Halloween en busca de diversión, un par de fuertes manos se cierran en torno a su garganta.

UNO

Emer Byrne está sentada en un rincón apartado del comedor del Colegio Brasenose, encorvada sobre un plato rebosante de comida. Los estudiantes entran y salen de la sala de paneles de madera, con sus bandejas bien dispuestas con huevos, pan tostado y té, sin reparar en la extraña que se encuentra entre ellos. Miran sus teléfonos con ojos somnolientos. Escuchan sus AirPods. Subrayan sus libros de texto mientras comen. Los estudiantes de Oxford suelen estar más alerta durante la comida y la cena, desconfían más de las caras que no reconocen, por eso Emer sólo desayuna en los pasillos de la universidad. Nadie la molesta. Nadie intenta entablar conversación. A nadie le importa que tome un segundo *muffin* para comer en el camino.

Afuera, libera el candado de su bicicleta robada de donde la dejó encadenada, en la cerca de la Cámara Radcliffe. Emer ha oído a turistas que pasaban por allí hacer comentarios extrañados por el nombre: "No parece una cámara", pero a ella eso nunca la ha desconcertado. La palabra *cámara* comparte sus raíces griegas y latinas, y significa bóveda. Para una chica que domina el latín y otra docena de lenguas antiguas, aquello tiene mucho sentido.

Mientras avanza con su bicicleta por la plaza, se pone a prueba. Detrás de la Cámara hay otro edificio extravagante: una muralla palaciega, más allá de la cual se alzan torretas con forma de puntas de lanza. El All Souls College. A su izquierda, un edificio que parece más un fuerte, también de piedra pálida y rematado con torretas. La Biblioteca Bodleian. A su derecha, una aguja ornamentada. La Iglesia Universitaria de Santa María la Virgen. Se espera que los estudiantes de Oxford conozcan los nombres de estos edificios, por lo que Emer también los ha aprendido.

Era un lugar confuso cuando llegó por primera vez, hace dos veranos, frenética y temerosa de que ya la estuvieran persiguiendo. Ella esperaba que la universidad fuera un gran campus, no una colección de salas y edificios —colegios mayores— repartidos por toda la ciudad, cada uno con su propia historia y encanto. Algunos son muy antiguos: Balliol se fundó en el siglo XIII. Otros son mucho más recientes, como Linacre, fundado en 1962, que es adonde Emer se dirige en bicicleta esa mañana.

Siente el aire frío como agujas en su piel mientras pedalea. El otoño ha llegado. Las cunetas están cargadas de hojas del color del panal de miel, y los edificios de arenisca están bañados por la luz blanquecina del sol.

El Colegio Linacre tiene un gimnasio en el sótano. Emer escanea una tarjeta de identificación que no le pertenece y se dirige a los vestidores para cambiarse. Allí, saca su equipo de entrenamiento de la mochila. Una sudadera con capucha y unos *shorts* azul marino de la marca Oxford, ambos robados de una tienda local. La ropa apesta a humedad a causa del sudor del entrenamiento de anoche, y de los entrenamientos anteriores a ése.

Emer corre, vigorosa y veloz, durante cuarenta y cinco minutos, hasta que la cabeza le da vueltas cuando se baja de la cinta. Siente los músculos pesados, en el buen sentido. Le gusta sentir su carne cuando camina. Todo ese músculo, justo debajo de la piel, cubriendo sus huesos. Eso es poder.

Después de correr, vuelve a los vestidores, entra en la ducha completamente vestida y frota su ropa con jabón hasta que hace espuma. Después, se coloca bajo el chorro de agua para quitarse el sudor y la suciedad de los últimos días y el ligero olor a azufre que desprende su piel. Se quita la ropa empapada y la lava bien, lava también la ropa interior, los tres pares, luego la exprime y la cuelga en los ganchos donde a veces la gente coloca las sudaderas u olvida accidentalmente las toallas. Una vez terminada la limpieza, se pone debajo de la ducha y sube la temperatura del agua hasta que su piel blanca se torna rosada. Es un lujo estúpido. Incluso ahora, tantos años después de que Nessa la encontrara medio salvaje en el bosque, tener acceso a una ducha de agua corriente y cálida le produce, a partes iguales, deseos de reír y de llorar.

Se seca con la toalla de otra persona y contempla su figura desnuda en el empañado espejo de cuerpo entero, admira las gruesas cuerdas musculares de sus brazos y piernas, su torso definido, tonificado, donde antes sólo veía el suave plano de su vientre. Le faltan dos dedos del pie izquierdo, tiene una herida sin cicatrizar de cinco centímetros en el antebrazo izquierdo y un sarpullido de un rojo intenso debajo de la clavícula, donde el pendiente de plomo se apoya en su piel.

Las mujeres de Linacre dejan por ahí desodorante, champú y acondicionador, base de maquillaje, pintalabios y rímel para las pestañas. Emer echa mano de lo que necesita y luego vuelve a ponerse la ropa que llevaba. Un abrigo de lana

marrón, un suéter negro de cuello alto, una falda también de lana, medias oscuras y botas negras. La misma ropa que Nessa metió en la mochila de Emer hace dos años, mientras la empujaba hacia la puerta y le decía: *"Corre, corre, que después de esto vendrán por ti"*.

Al mediodía, Emer acude a su primera y única "clase" del día. Matemáticas. Ella no entiende de matemáticas más allá de lo que aprendió de su madre, y su madre murió cuando ella tenía siete años. Sumar, restar y multiplicar son conceptos que tienen sentido para ella, pero le cuesta ponerlos en práctica sin contar con los dedos de las manos. Nessa a veces intentaba enseñarle, pero la improvisada maestra nunca había ido a la escuela, sólo había aprendido lo que se consideraba útil que supieran las mujeres Byrne: cuándo sembrar en primavera, cómo convertir las plantas en tinturas, cómo hablar las lenguas de los muertos.

Emer preferiría asistir a una clase de lenguas, cuanto más antiguas mejor, pero ésas se imparten en salones pequeños, para grupos reducidos…, y no sirven comida. En la clase de matemáticas sirven *bánh mì*, una opción con cerdo a un costado del salón, y una alternativa vegetariana en el lado opuesto. El cartel sobre la comida pide civilidad: POR FAVOR, TOMA SÓLO UNO. Emer toma dos de los sándwiches de cerdo, sale del auditorio, vuelve por otra puerta y toma dos de los sándwiches vegetarianos.

La clase está tan llena que tiene que sentarse a un lado del salón, sobre el suelo alfombrado. Hay una joven oradora invitada que habla de una beca que ganó para estudiar en una universidad de élite en Estados Unidos. Emer se pregunta cómo será la comida allí. Entonces, empieza la clase. El profesor escribe todo tipo de símbolos extraños en la pizarra,

como todas las semanas. Emer entiende los jeroglíficos egipcios, pero no aquellos garabatos. Escucha, observa y come lentamente sus cuatro sándwiches. Cuando pasan la hoja de asistencia, la mira y finge buscar una pluma antes de pasarla sin escribir su nombre. Nadie se da cuenta. Ha aprendido a ser igual que un fantasma.

La clase se extiende hasta media tarde. Cuando termina, Emer vuelve a la Cámara y se dirige a la Biblioteca Bodleian, donde se sienta ante una mesa de madera oscura entre estantes también de madera oscura.

La biblioteca es la razón por la que ella está allí. Es por eso por lo que decidió esconderse en Oxford, en lugar de en cualquier otro lugar, la noche en que huyó de Cork, hace dos años.

Ahí, Emer lee. El sol se cuela largo y dorado por las ventanas. El aire huele a piel curtida y papel viejo. Es el lugar favorito de Emer. Es allí donde encuentra los libros que dejan para ella: a sus pies, en la silla de al lado. Nunca tiene que ir a buscarlos, tan sólo aparecen, como por arte de magia. Libros sobre protolenguas. Libros sobre sigilos y runas. Libros sobre sumerio, hatti, elamita y hurrita. Libros sobre Lineal A y jeroglíficos cretenses, sobre silabarios y logogramas y escritura restringida. Emer los lee todos, de cabo a rabo, y no escatima en la escritura de notas. Mientras trabaja, juguetea con el colgante que lleva al cuello y retuerce entre sus dedos el rollo de plomo, tan fino como la seda. Un gesto inconsciente para asegurarse de que todavía está ahí.

En las páginas finales de un libro sobre protolenguas, Emer se desabrocha el collar y despliega el pergamino para revisar su trabajo. En el plomo están grabadas las peores palabras que Emer ha encontrado en todas las lenguas muertas que alguna vez tuvieron un sistema de escritura.

Cada palabra para *sangre*.

Cada palabra para *odio*.

Cada palabra para *venganza*.

Ese día añade una palabra nueva, un pequeño rayón en el borde con un punzón, y luego levanta la vista para observar a las otras personas de la sala, con las cabezas hundidas en libros y portátiles en silenciosa contemplación. Todos están tan limpios. Todos se sientan tan erguidos, tan seguros de pertenecer a aquel lugar. Emer los analiza detenidamente e intenta emularlos. Las líneas de sus columnas vertebrales. La forma en que entrecierran los ojos cuando resuelven los problemas en su pantalla, frustrados pero confiados en su capacidad para imponerse al final. Las mujeres tienen la cara resplandeciente, prolijas colas de caballo y poco maquillaje. Los hombres llevan el pelo recién cortado y zapatos relucientes. Los humanos son máquinas de reconocimiento de patrones, y Emer debe esforzarse por encajar, para no levantar sospechas.

Cuando un hombre se dirige al baño, Emer se levanta, se vuelve a poner el colgante y pasa por delante del lugar donde estaba trabajando. Él dejó la cartera en la mochila abierta. A Emer todavía le sorprende la confianza con la que los estudiantes de Oxford dejan sus pertenencias sin vigilancia. Con qué libertad confían los unos en los otros. Emer finge que deja caer algo junto a la mochila y se agacha. No toma toda la cartera. Sólo las cosas que le servirán para moverse por la ciudad. Su identificación de estudiante. Su dinero.

Por la tarde, Emer se come el *muffin* que ha guardado del desayuno, luego vuelve al gimnasio y levanta pesas durante otra hora. Nadie cuestiona su presencia en la pequeña sala destinada únicamente a los alumnos de Linacre. ¿Por qué lo harían? La ropa deportiva de Emer todavía se está secan-

do, así que se pone una sudadera con capucha de Medicina Oxford que alguien dejó guardada en un casillero. A veces, los hombres se quedan mirándola al pasar, y ella piensa que puede ser porque es bonita, llamativa incluso, con su pelo rojo y sus ojos castaños, pero eso no ayuda cuando estás intentando pasar desapercibida, no ser recordada.

"¿Qué aspecto tenía la chica?", Emer imagina a la policía preguntándole a su vecina en Cork. *"¿La chica que mató a su marido?"*.

Después de las sesiones de levantamiento de pesas, Emer se dirige a la cocina común de Linacre y se prepara un café, lo bebe y se prepara otro. Los cajones allí están llenos de bolsitas de té y paquetes de salsa marrón y cápsulas de café y galletas en envolturas individuales. Tanta comida. Piensa en las noches que pasó en los bosques alrededor de Lough Leane cuando era niña, con frío, hambrienta y salvaje, cuando ha habido cajones como éstos en Oxford todo el tiempo. Toma cuatro galletas y las mete en la mochila. Luego toma cuatro más, dos para guardar en cada bolsillo de su abrigo.

Ya es de noche. El cielo está despejado y los hastiales de la universidad lucen sombríos y góticos en la penumbra. Emer monta en bicicleta, se dirige a Franco Manca y se queda afuera, esperando a que se libere una mesa de estudiantes. No pasa mucho tiempo. Tres chicas se levantan y salen, charlando y riendo. Todavía queda media pizza en la mesa, un plato de ensalada y una cerveza que apenas han tocado. Emer entra en el restaurante, se sienta donde estaban las chicas y se come todo lo que han dejado. Se toma su tiempo. Saborea la pizza. Bebe la cerveza lentamente. Cuando termina, se marcha. Nadie la detiene, porque la cuenta ya ha sido pagada.

Afuera, la ciudad está oscura, se siente el frío de noviembre, el otoño tardío se ha instalado pesadamente sobre las

calles, adormeciéndolas en un silencio temprano. Las farolas son amarillas y parecen de gas. A Emer le recuerdan a las velas que su madre encendía por toda la casa cuando era pequeña.

Es por la noche cuando observa a los hombres. Durante el día aparta su mirada de la de ellos, les sonríe tímidamente cuando es necesario, encoge su musculosa figura para parecer más ligera, más pequeña, más débil. Ahora echa los hombros hacia atrás para mostrar toda su corpulencia, siente el peso y la seguridad de los músculos que ha cultivado. Bajo su ropa de abrigo parece frágil, pero es fuerte, y eso, según ha aprendido, la hace peligrosa.

Emer sigue a los hombres en bicicleta. Ellos no saben lo que se siente al ser perseguidos. Cuando caminan solos por las calles oscuras, los hombres no piensan en dedos cerrándose alrededor de sus gargantas o en el sonido que harán sus cráneos al golpear el pavimento.

No se preocupan por extraños que allanen sus casas y masacren a toda su familia.

A Emer le gusta encontrarlos donde están sentados o de pie o caminando, cómodos, sin miedo. Porque no hay necesidad de temer si eres hombre. La oscuridad te pertenece. Es tu espacio.

Emer frena su bicicleta en el paseo Christ Church Meadow, frente a un pequeño puente de piedra. El puente Folly. Es su lugar favorito de toda la ciudad, aparte de la biblioteca. El río Támesis está rodeado de una mezcla de árboles incompatibles: eucaliptos descoloridos, árboles de hoja perenne color esmeralda y robles increíblemente brillantes en tonos otoñales de caramelo rojo y helado de naranja. Son casi las nueve de la noche y en el lugar sólo se encuentra

otra persona. Un hombre de pelo claro sentado en un banco, mirando el arroyo mientras come una hamburguesa. Emer se sienta a su lado, demasiado cerca de él, y lo mira fijamente a la espera.

Los hombres piensan que ella parece una presa.

No saben que es un cebo.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta el hombre. No hay miedo en su voz ni en sus ojos—. ¿Estás bien?

Emer sigue mirando fijamente.

—¿Andy? —pregunta ella. Han pasado dos años desde que salió de Irlanda, pero su acento sigue muy presente.

Pruébame, piensa Emer. *Intenta hacerme daño*.

Veamos qué sucede.

Veamos qué puedo hacer.

—No. Me llamo John —el hombre parece confundido. Preocupado. No añade nada más. Emer se levanta, retrocede y lo deja tranquilo.

Sigue rondando en su bicicleta durante tres horas más, hasta que el frío le entumece los dedos y la ciudad está en calma y no hay más hombres a los que acechar.

A medianoche vuelve a Brasenose, donde se ha comido el *muffin* esa mañana. Es martes por la noche y hay una fiesta en la sala común, con comida y alcohol. Emer se mezcla entre la multitud y toma ambas cosas. Nadie repara en Emer. Pertenece a este lugar. Un chico intenta hablar con ella, le pregunta su nombre, pero hay demasiada luz, y Emer vuelve a tener los hombros encorvados. El chico espera que ella responda, pero Emer no lo hace, y él se marcha pronto, mirándola cual bicho raro.

Qué torpe. Coquetear es parte de su camuflaje, su disfraz. No puede ser la chica rara. No puede ser la chica en la que la gente piensa si alguien viene a hacer preguntas.

Hay baños al final del pasillo. Emer se sienta en la tapa de un váter y come bocadillos de curri y bebe otro sorbo de cerveza y espera a que termine la fiesta, lo que ocurre a la una de la madrugada, porque hay restricciones de ruido. Los estudiantes deben descansar bien si quieren gobernar el mundo algún día.

Emer se lava la cara en el baño y bebe cinco puñados de agua del grifo. Bajo la luz fluorescente, su piel luce cetrina, biliosa. Tiene medias lunas azules bajo los ojos. Se dice que debe comer más brócoli y bebe otros cinco puñados de agua.

Una vez que las luces están apagadas y todo el mundo se ha ido, Emer saca su llavero, que pesa mucho porque ahora carga docenas de piezas robadas, y abre la sala común. El interior está hecho un desastre, repleto de migajas, con los muebles desordenados, pero es un lugar cálido y a resguardo, y eso es suficiente. Más que suficiente.

Antes de acostarse a dormir, saca el cuchillo de su mochila y desliza la hoja por su antebrazo izquierdo, reabre la herida parcialmente cicatrizada que se hizo anoche, y la noche anterior, y la noche anterior, y varios cientos de noches antes de aquel día. La sangre burbujea en la superficie de su piel y comienza a gotear por su brazo. Emer lanza gotas a las paredes y recita las palabras que su madre le enseñó de niña al recorrer el perímetro una, dos, tres veces.

Luego, se recuesta en un sofá, con el abrigo de lana puesto por si necesita escapar, y se consuela con el sonido de los demonios lamiéndole la sangre mientras cae en un sueño superficial.